

Book Review

– *Exploring ontologies of the precontact Americas: from individual bodies to bodies of social theory*, by Gordon F. M. Rakita and María Cecilia Lozada (eds.), University of Florida Press, 2024

Los editores Gordon F. M. Rakita y María Cecilia Lozada nos presentan una antología provocadora que reinterpreta las cosmologías indígenas mediante la bioarqueología y el trabajo realizado sobre la cultura material de los pueblos. Abarcando desde el Ártico hasta la Amazonía, los diez capítulos del volumen analizan críticamente cómo las sociedades previas a cualquier contacto con occidente conceptualizaban la vida, la muerte y la relacionalidad, desafiando los dualismos occidentales que han dominado la interpretación arqueológica. En esencia, el libro es un manifiesto a favor del “giro ontológico”, un movimiento teórico que busca descolonizar el conocimiento al recentrar las visiones indígenas del mundo. Los colaboradores – expertos en arqueología, bioarqueología y antropología – vinculan el análisis empírico con teorizaciones innovadoras, explorando cómo los cuerpos, objetos y paisajes se entrelazaban en las epistemologías y visiones del mundo precoloniales.

El capítulo introductorio establece el tono, presentando el giro ontológico no como una moda teórica, sino como un imperativo metodológico. Lozada y Rakita argumentan que las taxonomías arqueológicas tradicionales (vivo/muerto, humano/no humano, sujeto/objeto) son insuficientes para comprender ciertas ontologías indígenas que concebían la realidad sin estas categorías. Estas ontologías a menudo se caracterizan por ser relacionales, donde los seres humanos están intrínsecamente conectados con el mundo natural y sobrenatural; planas, donde no existe una jerarquía inherente entre diferentes tipos de seres; y animadas, donde se reconoce la agencia y la intencionalidad en entidades no humanas.

Este enfoque se ilustra en el estudio de Peter Whitridge y Mari Kleist sobre los montículos funerarios inuit en Labrador y Groenlandia (Capítulo 2). Los autores introducen la “necrontología”, un marco que interpreta las prácticas mortuorias como interacciones dinámicas entre vivos y muertos. Mediante análisis de estructuras y relatos etnográficos, revelan que estos sitios no eran solo

tumbas, sino nexos de memoria y continuidad, donde los difuntos seguían participando en la vida comunitaria.

La fortaleza del volumen radica en su profundidad interdisciplinaria. Jason L. King, Jane E. Buikstra y Robert B. Pickering (Capítulo 3) reinterpretan los túmulos funerarios Hopewell del valle bajo de Illinois como espacios de “viaje en el tiempo”, donde rituales colapsaban fronteras temporales para conectar con fuerzas ancestrales – espacios dinámicos de creación, renovación y transformación, que reflejaban los conceptos indígenas del tiempo y la interconexión de los seres. James L. Fitzsimmons (Capítulo 7) argumenta que los mayas entendían la muerte como un componente esencial del ciclo agrícola, inspirado en el mito del Dios del Maíz, relatado en el *Popol Vuh*. El autor propone que la ontología maya desdibujaba fronteras vida/muerte, humano/vegetal, ofrenda/consumidor. De modo similar, el análisis iconográfico de Sarah E. Jackson sobre representaciones mayas de la muerte (Capítulo 8) cuestiona nociones estáticas de corporalidad, argumentando que cuerpos esqueléticos y carnales eran etapas de un viaje transformativo, no estados fijos. Estos capítulos ejemplifican el compromiso del libro por fusionar evidencia material – datos osteológicos, análisis isotópicos, tipologías cerámicas – con cosmologías indígenas, evitando reducir el ritual a mero simbolismo.

La obra, sin embargo, no está exenta de tensiones. Mientras abogan por perspectivas indígenas, algunos colaboradores inadvertidamente reafirman marcos occidentales. El análisis de J. Cristina Freiburger y Debra L. Martin sobre violencia en sociedades Pueblo (Capítulo 5), por ejemplo, se apoya en la “inseguridad ontológica” de Giddens, un constructo sociológico que podría simplificar las dimensiones espirituales y comunitarias de la violencia ritualizada. Según los autores, la violencia ritualizada entre los Pueblo era una práctica culturalmente significativa destinada a restaurar el equilibrio cósmico y social frente a las amenazas percibidas a su seguridad ontológica. Se podrían, asimismo, cuestionar ciertas especulaciones, como vincular motivos iconográficos mayas de huesos con la regeneración agrícola (Capítulo 8) sin suficiente evidencia etnográfica directa. Pero estos riesgos son inherentes al ethos experimental del giro ontológico, que prioriza la reinterpretación creativa sobre el empirismo conservador. Los editores reconocen esto, invitando a leer el volumen como una provocación, no como una guía definitiva.

Otros aportes destacados surgen de los casos amazónicos y andinos. La etnografía de Avelino Gambim Júnior en el sitio Curiad Mirim I (Capítulo 10) muestra cómo comunidades amazónicas entrelazaban vivos, muertos y seres no humanos mediante rituales que desafiaban separaciones cartesianas. Los cuerpos no eran restos inertes, sino “personas relacionales” cuyos huesos y artefactos sostenían la memoria colectiva. El estudio isotópico de Bethany L. Turner sobre migraciones incas (Capítulo 9) complementa esto, rastreando cómo los desplazamientos estatales – con sus estrategias diferenciales de movilidad – reconfiguraban identidades individuales y colectivas, subrayando las dimensiones políticas del cambio ontológico. Estos capítulos resaltan la tesis central: la ontología

no es filosofía abstracta, sino realidad vivida, moldeada por la ecología, pero también por las dinámicas de poder y de parentesco.

Exploring ontologies of the precontact Americas es una interesante contribución a los estudios indígenas y a la arqueología decolonial. Su alcance interdisciplinario y compromiso social – evidente, por ejemplo, en su llamado al cuidado en común de los restos humanos— buscan establecer un nuevo estándar para relacionarse con el pasado. La antología logra proponer una desestabilización de categorías occidentales, invitando a imaginar una arqueología más inclusiva. No obstante, persiste el desafío de alinear las elaboraciones teóricas con mayor evidencia etnográfica de tradiciones y experiencias indígenas. Para académicos y estudiantes, este libro no es solo un ejercicio intelectual, sino un llamado a repensar cómo estudiamos y respetamos los diversos mundos de las Américas.

Jorge Olachea Catter, Universidad para el Desarrollo Andino
jolachea@udea.edu.pe